

talidad de sus esfuerzos y de su talento para penetrar en sus semánticos secretos.—GONZALO DRAGO.

“LA CIMA ARDIENDO, de *Antonio Campaña*

El hombre, en nuestros días, vive atormentado, además de sus vivencias, por toda una encadenación de hechos exteriores que le mantienen en una suerte de dolorosa pendulación frente a la vida. Desprenderse del mundo y su tangible problemática es una actitud difícil, y por esto que es una actitud esencialmente de poeta.

Es así como junto a todo un sistema de realidades ya casi organizadas, el poeta que es auténticamente tal, puede desligarse de ellas, erguir sus finos sentidos hacia los planos profundos, extraer la substancia de su ser emocional y entregarla hecha voces altivas que irán a tener resonancia en tantas otras que no encuentran su propia expresión. Entonces, el deseo que conduce al amor o el amor que conduce al deseo, la angustia del espíritu ante su propia altura, lo limitado de nuestra medida temporal, la ardida entrega o la espera dilatada, todo ese juego de ansiedad, esperanzas y dudas en que se debaten los humanos en una etapa de madurez perceptiva, el poeta la entregará siempre renovada a través de su sensibilidad y de su calidad de tal. En *La cima ardiendo*, de Antonio Campaña, nos encontramos frente a una obra que es un canto puro al amor realizado y zozobranante. Ya podemos escucharle cuando nos dice:

... *Yo no quiero soltarte y sólo pido
por no entregar tu voz y ser tu dueño,
cortar el viento o padecer su ruido (El amor tenaz).*

Y si bien el amor, aquel:

*... Eterno amor llorado como un trino.
Fiero marfil en luna convertido.
Erguida roca y, sin embargo lino (Imagen).*

Que puede derribar todos los muros internos y hacer que el hombre se sienta como un mar sin orillas, deje pasar entre su oteaje la clara presencia de la muerte, que viene hacia el poeta como una ardida alborada más:

*... Entre mi voz y soledad cautivo
la aurora en llamas oigo la muerte.*

(Clamor continuo).

Pero, siempre el poeta es un atormentado, y en cada búsqueda va exigiendo más y más de sí mismo, hasta que llega el instante en que siente que hasta el propio espíritu se le torna inalcanzable, y todo se le convierte en sombras espesas, para ofrecer un paisaje de una tremenda desolación interior:

*... Estoy vacío en medio del gozo que pasa;
estoy vacío, hueco y vacío, a medias vivido,
como un rey disuelto en el filo del cielo.
Voy sin mí por el aire, salido del cuerpo,
en un sonido duro y sólo, buscándote a la luz,
a ti mío entre huesos que se alargan a deshora.*

(El espíritu se aleja).

De este modo es como en *La cima ardiendo* y su perfilada belleza nos encontramos con un poeta de alto rango que viene a enriquecer la poemática chilena.—MILA OYARZÚN.